

CAPÍTULO XXVII

Donde se hallará la revelación de una causa secreta y profunda que frecuentemente precipita los imperios contra los imperios y dispone la ruina de vencedores y vencidos; y donde el lector prudente (si lo es, y dudo que lo sea), meditará esta substanciosa frase: «La guerra es un negocio».

Habíanse dispersado los ángeles. Al pie de las colinas de Meudon, sentados sobre la yerba, Arcadio y Zita contemplaban la corriente del Sena entre los troncos de los sauces.

—En este mundo—dijo Arcadio—, en este mundo, en el cual abunda más lo inmundo que lo mundano, es imposible imaginar que se pueda suprimir un átomo siquiera. Creeremos, a lo sumo, en la posibilidad de modificar el ritmo de algunas agrupaciones de átomos o la disposición de algunas células. Indudablemente a esto se reducen las mayores empresas. Y si lográsemos poner al Contradictor en el trono de Ialdabaoth ¿qué habríamos conseguido? ¿Arraiga el mal en la naturaleza de las cosas o depende acaso de su ordenación? Esto es lo que nos convendría descubrir. Zita, estoy profundamente desorientado...

—Amigo mío—respondió Zita—, si fuese preciso conocer el secreto de la Naturaleza para decidirse a luchar, nadie lucharía; nadie viviría siquiera, puesto que la vida es constante lucha. Arcadio, ¿ya te faltan alientos?

Arcadio aseguró a su hermosa compañera que se hallaba decidido a hundir al demiurgo en las tinieblas eternas.

Acercóse un automóvil que removía sobre la carretera su larga cola de polvo, y se detuvo ante los dos ángeles. La corva nariz del barón de Everdingen asomó a la portezuela:

—Buenas tardes, amigos celestes—les dijo el capitalista—, buenas tardes, hijos del Cielo. Me satisface mucho encontraros; he de haceros una importante advertencia: no permanezcáis inertes; no descanséis. ¡A las armas! ¡A las armas! ¡No deis lugar a que Ialdabaoth pueda sorprenderos! Gastasteis un tesoro en pertrechos de guerra; usadlos de una vez. Acaban de comunicarme que el arcángel Miguel ha pedido ya en el Cielo importantes remesas de flechas y de rayos. En vuestro lugar, yo me procuraría otros cincuenta mil electróforos; por mi mediación podríais obtenerlos. Buenas tardes, amigos; ¡viva la patria celestial!

Y el barón Everdingen, que llevaba en su automóvil a una preciosa actriz, voló hacia las frondosas orillas de Louveciennes.

—¿Será cierto que también se pertrechan en la mansión del demiurgo?—preguntó Arcadio.

—Es posible—respondió Zita—que haya en las alturas algún otro barón de Everdingen interesado en los armamentos.

El ángel custodio del joven Mauricio quedóse pensativo unos instantes; luego murmuró:

—¿Seremos acaso juguete de los banqueros?

—Ya sabes que la guerra es un negocio—dijo la hermosa Zita—. Siempre fué un negocio la guerra.

En seguida examinaron detenidamente los recursos de

que se valdrían para realizar su magna empresa. Después de parecerles despreciables los procedimientos anarquistas del príncipe Istar, proyectaron una formidable y súbita invasión del reino de los cielos por sus ejércitos entusiastas y bien disciplinados.

Como Barattán, el figonero de la Jonchere que había alquilado a los ángeles rebeldes el teatro, era un auxiliar de la Policía, en el oficio enviado a la Prefectura denunció a los miembros de aquella reunión clandestina como dispuestos a perpetrar un atentado contra un personaje a quien suponían obtuso y cruel y le designaban con el nombre de *Alabalote*. A juicio del agente, aquel seudónimo se refería al Presidente de la República o a la República en sí. Los conspiradores habían proferido unánimes amenazas contra *Alabalote*, y uno de ellos, individuo muy peligroso que frecuenta los centros anarquistas, que ha sufrido ya varias condenas por escritos y discursos literarios, y se llama «el príncipe Istar», alias «el Querube», había mostrado una bomba muy pequeña que indudablemente sería de terribles efectos. Los demás conspiradores éranle desconocidos, pues Barattán no recordaba haberlos visto nunca en los centros revolucionarios donde actuaba. Entre muchos jovencitos imberbes, destacábanse dos por sus vehemencias oratorias, uno llamado Arcadio que vivía en la calle de San Jacobo, y una mujer de costumbres dudosas llamada Zita, con domicilio en Montmartre, sin oficio ni modo de vivir conocidos.

El Prefecto de Policía consideró muy grave aquel asunto, y resolvió comunicarlo al Presidente del Consejo.

Se atravesaba entonces uno de los períodos climatéri-

cos de la tercera República, durante los cuales el pueblo francés, dispuesto a sufrir la presión y la autoridad que le someten, se considera en peligro por no creerse bastante gobernado y pide a voces un salvador. El Presidente del Consejo, Ministro de Justicia, se relamía con la esperanza de ser este salvador, y esperaba ocasión oportuna, un peligro terrible que sus precauciones evitarían. El nuevo complot pudiera serlo. Aquella noticia le satisfizo, e interrogó al Prefecto de Policía acerca de los caracteres y la importancia del asunto. El Prefecto de Policía manifestó que las gentes en cuestión, a juzgar por las apariencias, tenían dinero, inteligencia y energía, pero hablaban mucho y eran demasiados para obrar en secreto y de acuerdo. El Ministro, arrellanado en su sillón, reflexionó. El escritorio estilo Imperio ante el cual se hallaba, los tapices antiguos que cubrían las paredes, el reloj y los candelabros de la época de la Restauración, todo en aquella estancia tradicional sugería dos fundamentales principios de gobierno que nunca varían, aun cuando suceda un régimen a otro: la astucia y la audacia. Después de reflexionarlo se afirmó en la conveniencia de aguardar a que adquiriese forma y crecimiento el complot; se dispuso a fomentarlo, adornarlo, colorearlo, y a disolverlo después de sacarle todo el partido posible.

Encargó al Prefecto de Policía que no descuidara el asunto y le diese noticias diarias de los acontecimientos, pero que se limitase a una misión informadora.

—Confío en su reconocida prudencia; observe y no intervenga.

El Ministro encendió un cigarrillo, confiado en reducir las oposiciones bajo la amenaza de aquel complot, en fortalecer su autoridad, en sobreponerse a sus colegas,

en humillar al Presidente de la República. Estaba seguro de convertirse en el salvador esperado.

El Prefecto de Policía se comprometió a seguir las instrucciones ministeriales, mientras pensaba en hacer lo que le pareciera conveniente. Mandó vigilar a los individuos designados por Barattán y encargó a sus agentes que se limitasen a observar sin intervenir en modo alguno. Al verse vigilado el príncipe Istar, en quien se hermanaban la previsión y la energía, retiró del alero las bombas que allí tenía ocultas, y las traspordaba constantemente del ómnibus-automóvil al ferrocarril-metropolitano, y del ferrocarril-metropolitano al ómnibus-automóvil, con los más ingeniosos rodeos, para depositarlas poco a poco en la casa del músico.

Al salir de su alojamiento de la calle de San Jacobo, Arcadio solía encontrar en la puerta a un hombre de afectada distinción, con guantes amarillos y un diamante mayor que «el regente» en la corbata. Ajeno a las malicias terrenales el ángel rebelde no daba la menor importancia al hecho, pero el joven Mauricio d'Esparvieu, que se había empeñado en proteger a su ángel custodio, miraba con recelo al «gentleman», tenaz e imperturbable como el señor Mignon, aquel agente que durante algunos días paseó sus miradas investigadoras desde la primera pilastra del hotel de la Sordiere hasta el otro extremo de la calle Garanciere. Mauricio visitaba diariamente dos o tres veces a su ángel; supuso que allí corría peligro su libertad y le rogó que se mudase de casa.

Todas las noches iba con Arcadio a cualquier fonducho, donde cenaban con mujerzuelas. Entre plato y plato, el joven Esparvieu hacía conjeturas acerca del próximo «match» de boxeo; por fin razonaba para demostrar

a su amigo la existencia de Dios, la necesidad imprescindible de una religión, las bellezas del Cristianismo, y le aconsejaba que renunciase a sus proyectos impíos y criminales, que sólo podrían valerle amargas y decepciones.

—Porque al fin y al cabo—decía el joven apologista—, si el Cristianismo fuese una falsedad, ya se hubiera descubierto a estas fechas.

Las mujerzuelas que los acompañaban aplaudían los sentimientos religiosos de Mauricio, y cuando el bello Arcadio profería una blasfemia en un lenguaje para ellas ininteligible, se tapaban los oídos y le obligaban a callar, temerosas de verse castigadas por culpas ajenas; pues creían que Dios, todopoderoso e infinitamente bueno, vengaría sus injurias en cualquier momento, y era muy capaz de herir, sin mala intención, al inocente junto al culpable.

El ángel y su guardián iban a cenar algunas noches a casa del músico, y Mauricio, que de cuando en cuando reanudaba los goces amorosos que le ofrecía Bocota, lamentaba que Arcadio se permitiese confianzas molestas con la cupletista; pero ella se las toleraba desde que, ya recompuesto y en su sitio el sofá rameado, pudo complacerle allí con toda comodidad. Aun cuando Mauricio prefería a la señora de Aubels, también gustaba de Bocota, sentíase celoso de Arcadio y sufría el dolor agudo que producen los celos, por leves que sean, a los hombres y a los animales. Temeroso de lo que realmente acontecía, revelado sin disimulo por el temperamento de Bocota y el carácter de Arcadio: abrumaba sin cesar a éste con sarcasmos y censuras, y le reprochaba la inmoralidad de sus costumbres. Arcadio le respondía tranquilamente que no era fácil someter los impulsos fisio-

lógicos a reglas concretamente definidas, y que los moralistas se veían muy comprometidos en lo referente a ciertas secreciones.

—Por lo demás—dijo Arcadio—, comprendo que sea casi un imposible constituir sistemáticamente una moral natural. No hay reglas naturales. La Naturaleza no nos ofrece razones para creer que la vida humana es respetable; indiferente a todo, no separa siquiera el bien del mal para que podamos distinguirlos.

—Eso te indicará—replicó Mauricio—que la religión es necesaria.

—La supuesta moral revelada—repuso el ángel—verdaderamente se inspira en el más grosero empirismo. Sólo el uso determina las costumbres; lo que ordena el Cielo no es más que la consagración de las prácticas antiguas. La ley divina, promulgada con auxilio de la pirotecnia en algún Sinaí, nunca pasa de ser la codificación de las preocupaciones humanas; y como las costumbres cambian, las religiones duraderas varían su moral.

—En fin—arguyó Mauricio, cuya inteligencia se aguzaba visiblemente—: ¿No convienes conmigo en que la religión evita muchos desórdenes y muchos crímenes?

—Cuando no los impone, como el sacrificio de Ifigenia.

—¡Arcadio!—exclamó entonces Mauricio—. Al oír tus argumentaciones, me felicito de no ser un intelectual.

Entre tanto, Teófilo, de bruces sobre las teclas y con el rostro velado por su tupido cabello rubio, tocaba y cantaba la partitura de *Alina, reina de Golconda*.

Acudía el príncipe Istar a estas reuniones íntimas

con los bolsillos llenos de bombas y de botellas de champagne adquiridas con el dinero que le facilitaba el barón Everdingen. Bocota recibía al querube con amabilidad desde que representaba para ella el testimonio y el trofeo de la victoria obtenida en la lucha que sostuvieron una tarde sobre el sofá rameado. El príncipe se hallaba, en presencia de la cupletista como la cabeza cortada de Goliat entre las manos del joven David, y ella le admiraba por su maestría de acompañante al piano, por su vigoroso impulso ya sometido, y por su prodigiosa capacidad para las bebidas.

Una noche que el joven d'Esparvieu llevaba en *auto* a su ángel desde la casa de Bocota a su alojamiento de la calle de Saint Jacques, el cielo estaba obscuro y, junto a la puerta, el diamante del espía brillaba como un faro; tres ciclistas, reunidos en torno suyo, se alejaron con direcciones divergentes cuando se acercó el *auto*. El ángel no lo advirtió siquiera, pero Mauricio imaginó que Arcadio vivía sujeto a la vigilancia de personas influyentes en la política. Comprendió el peligro, y se dispuso a tomar una resolución.

A la mañana siguiente, muy temprano, fué en busca del ángel para llevárselo al entresuelito de la calle de Roma. Arcadio aun estaba en la cama y Mauricio le instó para que se vistiera y le siguiese.

—Ven—le dijo—. En esta casa no puedes vivir seguro. Te vigilan. Cuando se les antoje, te detendrán. ¿Te gustaría dormir en la prevención? Creo que no. Pues deja que te esconda.

El ángel sonrió benévolaemente a su cándido salvador.

—¿Ignoras—le dijo—que un ángel rompió las puertas de la prisión donde Pedro estaba encerrado? ¡Pobre Mauricio! ¿Me supones con menos poder que mi herma-

no celestial, y temes que yo no logre realizar en mi provecho lo que hizo el otro para libertar al pescador del lago de Tiberiades?

—No confíes, Arcadio. Aquel ángel pudo romper la puerta por un milagro.

—O «por milagro», como dice un moderno historiador de la Iglesia. Pero no importa, voy a seguirte. Déjame antes quemar algunas cartas y elegir ciertos libros.

Arrojó al fuego varios papeles y se llenó de libros los bolsillos, luego se fué con su acompañante hasta el *auto* que les aguardaba, no lejos de allí, frente al Colegio de Francia; Mauricio agarró el volante, y con tanta cautela como el Querube, dió vueltas y revueltas, describió rápidos circuitos, realizó maniobras que hubieran despistado a todos los ciclistas lanzados en su persecución, por muchos que fueran y muy veloces que anduviesen. Al fin, después de haber surcado la ciudad en todas direcciones, se detuvo en la calle de Roma frente a la casa en cuyo entresuelo el ángel se apareció.

Al entrar en las habitaciones de donde había salido año y medio antes para cumplir su misión, Arcadio recordó el irreparable pasado y estremeciéndose de gozo al respirar el perfume de Gilberta; luego preguntó cómo seguía la señora de Aubels.

—Muy bien—dijo Mauricio—. Ha engruesado un poco y está más hermosa. Aun recuerda con disgusto la indiscreción que te permitiste con ella. Supongo que te la perdonará como yo te la perdoné, y confío en que olvide con el tiempo tu proceder ofensivo; pero acaso tarde, porque aún se muestra irritada cuando hablo de ti.

El joven d'Esparvieu, al instalar a su ángel en el entresuelito le prodigó todas las delicadezas de un hombre correcto y las atenciones de un afectuoso camarada.

Enseñóle un catre de tijera que le tendería por las noches en el recibimiento y que retirarían por las mañanas a un cuarto obscuro; le llevó al tocador, le mostró cuanto podía necesitar, el baño, la ropa blanca, la cómoda; le dió las instrucciones convenientes para el uso de la calefacción y de la luz, le advirtió que el portero estaba encargado de llevarle la comida y de hacerle la cama; le indicó un botón de timbre para cuando necesitase algo de la portería, y le dijo por fin que podía considerarse como en su propia casa y recibir a quien tuviera por conveniente.

CAPÍTULO XXVIII

Consagrado a una desagradable escena de familia.

Mientras Mauricio sólo tuvo relaciones amorosas con señoras distinguidas, su conducta no suscitó ningún reproche; pero ya no fué lo mismo al frecuentar el trato de Bocota. Su madre, que nunca se había escandalizado ante aquellos amoríos ciertamente pecaminosos, pero elegantes y discretos, puso el grito en el cielo al saber que su hijo no se recataba de vivir en relaciones con una cupletista. Berta, la hermanita de Mauricio, en «el catecismo de perseverancia» se enteró de las aventuras de su hermano, y las refería con la mayor naturalidad a sus compañeras. León, que acababa de cumplir siete años, dijo a su madre un día, en presencia de varias señoras, que cuando fuera hombre, como Mauricio,

también iría de jarana. El corazón maternal de la señora d'Esparvieu sintióse lastimado.

Simultáneamente, un grave suceso de índole particular alarmó a Renato d'Esparvieu: le fueron entregadas algunas letras firmadas con su nombre por Mauricio. Este no había imitado la escritura de su padre, pero veíase clara la intención de un engaño que constituía, sin duda, un fraude moral; probábase, por añadidura, que Mauricio se divertía desafortadamente, contraía vergonzosas deudas y se ponía en peligro de cometer verdaderas indignidades. El padre de familia consultó el caso con su esposa, y convinieron en que él amonestara con severidad a su hijo y le hablara de castigos rigurosos; intervendría la madre al punto, indulgente y acongojada, para recomendar la clemencia y el perdón a un padre justamente irritado. Prevenidos ya todos los detalles, a la mañana siguiente el señor d'Esparvieu mandó decir a su hijo que le aguardaba en el despacho. Para mayor solemnidad se había endosado la levita, y este detalle indicó a Mauricio que se trataba de un asunto serio. El jefe de la familia palideció un poco, y con la voz trémula (era tímido) declaró que no estaba dispuesto a tolerar las desordenadas costumbres de su hijo; exigía una enmienda inmediata y absoluta. Las disipaciones, las deudas y la frecuentación de gentes maleantes, debían ser desde luego reemplazadas por el trabajo, el método y el trato de personas dignas.

Mauricio estaba dispuesto a excusarse respetuosamente ante su padre, cuyos reproches creía justos; pero también era tímido, por desgracia, y la levita con que se había revestido el señor d'Esparvieu para ejercer más dignamente su magistratura doméstica, desconcertaba cualquier impulso cariñoso. Callóse por cortedad, y

creyeron que Mauricio no contestaba por soberbia; aquel silencio inconveniente obligó al señor d'Esparvieu a repetir sus reproches y a emplear palabras más duras. Abrió un cajón de la mesa donde Alejandro d'Esparvieu había escrito su *Ensayo acerca de las instituciones civiles y religiosas de los pueblos*, y sacó las letras firmadas por Mauricio:

—¿Te diste cuenta, hijo mío, de que falsificabas un documento al escribir mi nombre? Para redimirte de una culpa tan grave...

De pronto, como estaba convenido, la señora d'Esparvieu se presentó, vestida ya para salir. La correspondía en aquella escena el papel de «ángel del perdón», pero, triste y áspera, no estaba en figura ni en carácter. Mauricio, que poseía el germen de todas las virtudes comunes y necesarias, amaba y respetaba a su madre; amábala más por deber que por inclinación, y su respeto era más rutinario que profundo. La señora d'Esparvieu tenía el cutis erisipelado, y como se había puesto polvos, deseosa de mostrar una palidez propia del momento, ofrecía un color semejante al de las frambuesas cubiertas de azúcar. Mauricio no pudo substraerse a tanta fealdad, inoportunamente revelada por su buen gusto, una fealdad algo repugnante, y mal impresionado, cuando la señora repitió los reproches con que su esposo recriminaba poco antes al hijo pródigo, éste volvió la cabeza para ocultar su gesto desapacible.

La madre prosiguió:

—Tu tía Saint-Fain se cruzó contigo en la calle; dice que acompañabas a una mujerzuela, y te agradeció muchísimo que te abstuvieses de saludarla.

Entonces Mauricio ya no pudo contenerse:

—Mi tía Saint-Fain ¿de qué se escandaliza? Mientras

fué joven se hartó de hacer locuras, y de vieja hipócrita, quisiera imponer a los demás...

Se contuvo, porque sus ojos advirtieron en los de su padre más tristeza que indignación. Mauricio se arrepentía de sus palabras como de un crimen, sin comprender cómo pudieron escapársele. Se hallaba enternecido y dispuesto a pedir perdón con lágrimas y de rodillas, cuando su madre clavó los ojos en el techo y suspiró:

—¡Por qué me castigaste, Dios mío, con la pena de tener un hijo tan culpable!

Exasperado al oír aquel apóstrofe, que juzgó afectado y ridículo, Mauricio desechó su arrepentimiento para entregarse al orgullo delicioso del crimen. Precipitóse con rabia en la insolencia, en la rebeldía, y vociferó estas palabras, que nunca debieron decirse a una madre:

—Puesto que me provoca usted para que se lo diga, mamá, sería más oportuno que reprocharme las complacencias de una bella cantante famosa y desinteresada, prohibir a mi hermana mayor, la señora de Margy, que se exhiba todas las noches en los salones y en los teatros con un individuo despreciable y asqueroso de quien está enamorada. También debiera usted enterarse de que Bertita escribe cartas obscenas con la letra desfigurada y las coloca en su devocionario taimadamente, luego las descubre con fingido asombro y se las entrega a usted para provocar tribulaciones y sobresaltos. Tampoco sería inoportuno que reprendiese usted a mi hermanito León, el cual ya los siete años! ya se procura satisfacciones amorosas con la señorita Caporal; y también podría decirle usted a su doncella...

—¡Váyase de aquí, ahora mismo! ¡Le arrojó de mi casa!—gritó Renato d'Esparvieu.

Lívido, colérico, señalaba la puerta con el índice tembloroso.

CAPÍTULO XXIX

Donde se ve al ángel convertido en hombre portarse como un hombre, codiciar la mujer ajena y burlar a su amigo. También se pone de manifiesto la correcta conducta del joven d'Esparvieu.

El ángel se hallaba muy complacido en su nuevo refugio, trabajaba por la mañana, salía por la tarde sin preocuparse de los agentes que le vigilaban, y se retiraba por la noche para dormir. Mauricio recibía, como siempre, a la señora de Aubels dos o tres veces por semana en el saloncito de la aparición.

Todo se desenvolvía metódicamente, hasta que cierta mañana se presentó Gilberta para recoger su bolso de terciopelo, olvidado la tarde anterior sobre la mesita del saloncito, y encontró a Arcadio en batín, hundido en el sofá y ocupado en meditar, mientras fumaba un cigarrillo, la conquista de los cielos. Al verle, gritó sorprendida:

—¿Está usted en casa, caballero?... Le aseguro que no creí encontrarle... Vengo a buscar el bolso que me dejé olvidado... Con permiso de usted...

Y pasó cerca del ángel muy de prisa y con precauciones, como si pasara junto a un hornillo.

La señora de Aubels ofrecía un encanto sin igual aquella mañana, con su vestido hechura sastre y color de reseda. La falda estrecha dibujaba sus menores mo-

vimientos, y cada uno de sus pasos era un prodigio sensual de los que desconciertan el corazón de los hombres.

Volvió de la habitación contigua con su bolso en la mano.

—Le repito que me perdone. Yo no pude suponer...

Arcadio le rogó que no se fuera tan pronto, que descansara un instante.

—Nunca imaginé, caballero, que al venir yo a esta casa, como ahora he venido, tuviera que compartirla con usted. No ignoro lo mucho que le quiere Mauricio; pero, sin embargo, ni sospechaba...

El cielo se había encapotado repentinamente; la obscuridad invadía el aposento. La señora de Aubels dijo que salió para dar un paseo higiénico; pero como amenazaba tormenta no quería volver a pie, y preguntó si era posible que fuesen a buscarle un coche.

Arcadio se arrojó a los pies de Gilberta, la oprimió entre sus brazos como a un ánfora preciosa, y pronunció palabras reveladoras de su deseo, a pesar de su incoherencia. Ella le tapaba la boca y los ojos con las manos y repetía:

—¡Le odio! ¡Me da horror!

Entre sollozos le pidió un vaso de agua; no podía respirar apenas. El ángel ayudóla a desabrocharse. En aquel peligro inminente, Gilberta se defendía con heroísmo, y exclamó al fin:

—¡Eso no! ¡Eso no ha de ser! No seré suya, porque ¡lo deseo demasiado!

Su resistencia no la impidió sucumbir.

En la grata intimidad que siguió a su mutuo aturdimiento, ella le dijo:

—A menudo preguntaba por ti. Supe que frecuenta-

bas las cervecerías de Montmartre y que acompañabas muchas veces a la señorita Bocota, la cual no es una preciosidad; supe que te elegantizabas y que tenías dinero. Todo esto me pareció lógico, porque yo estaba segura de que triunfarías. El día de tu... —Y señalaba con un dedo el rincón del armario de luna—, de tu aparición, juzgué inconveniente que Mauricio te procurase las vestiduras de un suicida. Desde luego me fuiste grato; ¡ahl, no por tu belleza, no. Las mujeres no somos tan sensibles a los atractivos exteriores como los hombres piensan. Otras causas nos inspiran el amor. Algo indecible... ¡Bueno!... Te aseguro que me enamoraste inmediatamente.

Una obscuridad absoluta los envolvía.

Gilberta preguntó:

—¿Verdad que no eres un ángel? Mauricio lo cree, pero ¡Mauricio cree tantas cosas!...

Sus ojos brillaron risueños y burlones.

—Confíesame que le has engañado y que no eres un ángel, ¿verdad?

Arcadio respondió:

—Sólo me interesas tú en el mundo, y siempre seré para ti lo que tú quieras que sea.

Gilberta discurrió que Arcadio no era un ángel, porque no hay ángeles humanos y por otras razones que la recordaban sus arrebatos amorosos. El no la contrarió, y una vez más sus palabras no bastaron para expresar sus sentimientos.

En la calle caía la lluvia insistente y copiosa; el agua se filtraba por las rendijas de las ventanas; un rayo iluminó los visillos de muselina; el trueno hizo retemblar los cristales. Después de santiguarse, Gilberta se acurrucó sobre el pecho de Arcadio y le dijo:

—Tu piel es más blanca que la mía.

En aquel momento Mauricio entró en la estancia, mojado, sonriente, satisfecho, tranquilo, feliz, para anunciar a su ángel que, a medias con él, había ganado en las carreras de Longchamps doce veces la puesta.

Pero al sorprender a su querida con Arcadio en voluptuoso desorden, se indignó. La cólera le puso en tensión los músculos del cuello, le arreboló el rostro y le hinchó las venas de la frente. Lanzóse sobre Gilberta con los puños cerrados y, de pronto, se detuvo.

El impulso contenido se convirtió en fiebre; Mauricio ardía, humeaba. Sus furores no le armaron, como los de Arquiloco, de un lirismo vengador.

Limitóse a dar a la infiel un calificativo propio de su comprometida situación.

Pero en cuanto Gilberta pudo mostrarme decentemente, con el vestido abrochado y en actitud correcta, recobró su dignidad. Se irguió como la más digna y encantadora de las mujeres, y fulminó contra su acusador los rayos de sus ojos donde a la vez resplandecían la virtud ultrajada y el amor compasivo. Fué necesario que el joven d'Esparvieu insistiera en abrumarla con invectivas monótonas y groseras para que, irritada por fin, ella replicase:

—Tienes vocación de cornudo, amigo mío. ¿Acaso me propuse nunca buscar a tu camarada? Eres tú quien le traje aquí. Tú... ¡y de qué manera! Me tendiste un lazo para entregarme sin dificultad a ese hombre... ¡Bonito proceder! Afortunadamente han fracasado tus planes.

Mauricio se limitó a contestar:

—¡Fuera de aquí, lagartona!

Hizo un ademán, como si estuviese decidido a echarla de un puntapié.

Arcadio sufrió al ver a su amante víctima de tan insolente acritud, pero no se consideraba entonces autorizado para reprender a Mauricio. La señora de Aubels, revestida con todos los atributos de su dignidad, fijó en el joven d'Esparvieu su mirada imperiosa, y le dijo:

—Manda que arrimen un coche.

Es tan poderosa la influencia ejercida por las mujeres en una sociedad galante, que aquel francés, obediente, sin replicar, salió a decir al portero que necesitaba un taxi. La señora de Aubels despidióse de Mauricio con una despreciativa mirada, como debe mirar una mujer al hombre burlado por ella mientras le humilla y a la vez le exalta con el atractivo delicioso de todas sus actitudes. Mauricio, al verla salir, aparentó una indiferencia que no sentía; luego se acercó al ángel, cuyo batin rameado era el que llevaba puesto Mauricio el día de la aparición (circunstancia insignificante al parecer y que, sin embargo, acrecentó el resentimiento del prosector lastimosamente engañado), y le dijo:

—¡Te luciste! Deberías enorgullecerte de ser el individuo más despreciable que se conoce. ¡Qué desdicha, perder la dignidad en tonto! Porque si esa mujer te agradaba, me lo pudiste decir; como ya no la quiero, te la cediera gustoso.

Esto lo decía para ocultar su dolor, atraído por los encantos de Gilberta cuya liviandad le atormentaba. Y prosiguió:

—Te aseguro que tuve intenciones de proponértelo; pero tu indelicadeza se me anticipa. Te has portado como un cerdo.

Bastara en aquel instante la más ligera disculpa, una palabra cariñosa de Arcadio, para que Mauricio, deshecho en lágrimas, perdonase al amigo y a la querida, y

quedaran los tres complacidos, felices y satisfechos. Pero el ángel desconocía la ternura humana; no había sufrido lo necesario para compadecer a los que sufren, y respondió con glacial prudencia:

—Querido Mauricio: la necesidad, que guía y encadena las acciones de los seres animados, produce con frecuencia efectos imprevistos, y a veces absurdos. Así puedo explicarte un suceso que te desagrada; y si dispusieras de una conveniente filosofía natural para juzgarlo, no me lo reprocharías; porque la voluntad es ilusión y las afinidades fisiológicas, exactamente determinadas como las combinaciones químicas, podrían reducirse también a fórmulas. Creo posible inculcar en tu cerebro estas verdades, pero sería un razonamiento largo y penoso, que acaso no bastase para devolverte la serenidad perdida. Lo inevitable ya, es que me vaya...

—¡No te vayas!—repuso el joven d'Esparvieu.

Su claro concepto de las obligaciones sociales le hacía poner el honor sobre todo, cuando era preciso; y en aquel momento estaba seguro de que solamente con sangre se borraría la injuria que le infirieron. Esta idea tradicional imprimía una inesperada nobleza a su actitud y a su lenguaje; y prosiguió:

—¡Caballero!: yo soy quien debe salir ahora mismo de esta casa, para siempre. Usted es un desterrado, y ha de aguardar aquí la visita de mis padrinos.

El ángel sonrió:

—Los recibiré, si lo deseas; pero debes recordar, Mauricio, que soy invulnerable. Los espíritus celestes, aun cuando se presenten bajo forma carnal, no sucumben atravesados por una bala o por un acero. Reflexiona el conflicto que nos crea esta desigualdad inevitable, y lo absurdo que sería decirles a tus testigos que no

puedo aceptar el duelo por ser mi substancia de naturaleza inmortal.

—¡Caballero!—replicó el ilustre vástago de los Bus-sart d'Esparvieu—, debió usted meditar esos inconvenientes antes de agraviarme.

Y se fué. Su arrogancia desmayó al sentir el aire de la calle; se tambaleaba como un borracho...

Llovía sin cesar. Paso a paso andaba Mauricio, sordo, ciego, sin saber por dónde; metía los pies en el agua, se llenaba de barro. Anduvo así por los bulevares de la ronda, y cuando la fatiga le rindió sentóse junto a la valla de un solar; sus lágrimas desleían sobre su rostro las salpicaduras de fango, y por el ala de su sombrero corría el agua como por un canal. Un transeunte compasivo le arrojó una moneda de cobre; Mauricio la cogió, la guardó cuidadosamente, se levantó, y fué a buscar padrinos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO XXX

En el cual se relata un lance de honor, y donde se apreciará si es cierto, como lo supone Arcadio, que la experiencia de nuestros errores nos encamina hacia el bien.

Habían acordado que se verificara el duelo en el jardín del coronel Manchon, boulevard de la Reine, en Versailles. Los señores de la Verdeliere y Truc de Ruffec, favorecidos ambos por su continua intervención en esta clase de asuntos, conocían minuciosamente las reglas a